

La Rambla paralela

Fernando Vallejo



«Vivo de verdad no está nadie, ésas son ilusiones de los tontos. Día con día nos estamos muriendo todos de a poquito. Vivir es morirse. Y morirse, en mi modesta opinión, no es más que acabarse de morir».

Novela en que el pasado y el presente se funden en el futuro de la muerte, *La Rambla paralela* palpita con el pulso de un relato alucinado. En su desesperación por rescatar lo que sólo existe en su memoria de muerto, el cadáver ambulante que la cuenta nos lleva de la mano por una Barcelona abrasada en el calor que a veces es Medellín y a veces México. Vallejo es un excelente narrador que nos arrastra de una frase a otra cortándonos el aliento. Para él no existen las leyes del tiempo y el espacio, y en esta incontenible narración palpitan la verdad y la fuerza de un poeta de voz honda e inolvidable.

A pesar de su rabia y su furia, este libro tiene una ternura nostálgica que nos deja entrever que aunque el paraíso alguna vez existió ya lo hemos perdido para siempre.

—¿Estoy llamando al setenta y cinco ciento veintitrés?

—Sí pero no.

—¡Cómo! No le entiendo. ¿Ésa no es la finca Santa Anita?

—Aquí era pero ya no es: la tumbaron.

—¡Cómo la van a haber tumbado!

—¿Y por qué no? Todo lo tumban, todo pasa, todo se acaba. Y no sólo tumbaron la casa, ¿sabe? ¡Hasta la barranca donde se alzaba! La volaron con dinamita y únicamente dejaron el hueco. Un hueco vacío lleno de aire.

—Señor, por favor, no se burle que le estoy hablando de larga distancia.

—Ya sé, me di cuenta por el tónico. Lo oigo como desde muy lejos.

—¿Pero sí estoy hablando a la finca Santa Anita, la que está entre Envigado y Sabanera, saliendo de Medellín, Colombia?

—A la misma. Al aire que quedó.

—Y que es de Raquel Pizano.

—Era: de misía Raquelita. ¡Cuánto hace que se murió!

—¡Cómo se va a haber muerto, si es mi abuela!

—Ah, ¿y porque es su abuela usted cree que no se va a morir? Todos nos tenemos que morir, hombre, no sea bobito. Es más: ahí donde está usted, en esa cama, también ya está muerto. Vaya mírese en el espejo y verá. ¡Levántese!

En ese instante me desperté bañado en sudor, con una opresión en el pecho y un dolor confuso en el brazo iz-

quierdo. Me levanté y tropezando en la oscuridad con los muebles del cuarto desconocido fui al baño, busqué a tientas el apagador, prendí el foco y entonces vi en el espejo al hombre que creía que estaba vivo pero no: como le acababan de decir, en efecto, estaba muerto. Y cómo no si era un viejo y todos nos tenemos que morir, queramos o no queramos, gústenos o no. ¡O qué! ¿Piensan seguir viviendo indefinidamente año tras año? ¡No, si no se puede! Hay que dejar campo para los demás, desocupen. Rápido, rápido, rápido que esto se acabó.

El viejo se apoyó en el espejo para no caerse y al hacerlo dejó en él las huellas de los dedos ensuciándolo. Lo que había evitado siempre en vida no fueran a saber después los jueces del futuro por dónde había pasado, siguiéndole la pista de todas sus miserias y todas sus infamias. Fibrilación ventricular, pulso filiforme, arritmia, lividez en la cara, y allá a lo lejos los ajenos murmullos del corazón, angustiados, distantes. Los síntomas los conocía muy bien porque ya los había vivido antes: cuando se le murió en sus brazos su perra, la Bruja. La misma desesperanza, el mismo desamparo, y esa sensación de desastre inminente... «Tac... tac... tac...» iba diciendo el reloj incierto del corazón, de tumbo en tumbo, fatigadamente. ¿Fatigadamente? Pensé en los largos adverbios en «mente» del español, tan torpes, tan tontos, tan sosos, y en ese instante supe cómo me iba morir: como Oudin, resolviendo un problemita pendejo de gramática. ¡Vaya muerte! Y en un hotelito de quinta de Barcelona... Si por lo menos hubiera sido en mi apartamento de México, pero no: por no ponerle punto final a este negocio a tiempo no me fue dado escoger el sitio ni el momento. Y ahora me moría como cualquier mortal, aferrado a la vida, miserablemente: con un largo y miserable adverbio en «mente»,

—Adieu monsieur Oudin, bon voyage.

Rápido, rápido, rápido iba arrastrando el río los decapitados en la lejana Colombia y por las calles de la Rambla gente. El río era el Cauca, el de mi niñez, y la Rambla la de mi muerte, la de Barcelona. Y mientras el niño que fui seguía desde la orilla del río eterno el desfile de los cadáveres con gallinazos encima que les sacaban las tripas y salpicaban de sangre el agua pantanosa, el viejo que lo recordaba veía desde su mesa de café, viendo sin ver, el deambular interminable de la Rambla: el ir y venir de esa ciudad ociosa que llevaba años y años sin dormir, yendo y viniendo por los tres andenes de esa avenida o paseo, de la Plaza de Cataluña a la glorieta de Colón y de ésta a aquélla, como tratándose de encontrar a sí misma. El insomnio de la ciudad se le había venido a sumar al propio, y contando los dos del viaje ya llevaba cinco días sin dormir.

—Cinco días sin dormir —pensó el viejo— no los aguanta ni un muerto.

Y pidió otro vermut.

Se había instalado como un turista más en el Café de la Opera, que tenía mesas afuera, en el andén del centro. Desde esas mesas se podía ver enfrente, cruzando la calle, el hueco donde estuvo antaño ese teatro famoso que se quemó, ¿y que se llamaba cómo? ¡Qué más da, se me olvidó! Todo pasa, todo se olvida: teatros, barrios, hoteles, ciudades, perros, gatos, gente... Del incendio del teatro no quedaron sino ruinas y cenizas; y cuando descombraron las ruinas y el viento se llevó las cenizas quedó el hueco.

—Ah, pero eso sí —se dijo el viejo—, un hueco prestigioso.

Y es que hay muertos de muertos y huecos de huecos y no pesa lo mismo un gran gramático muerto que un simple hijo de vecino, ¿o no, monsieur Oudin?. El teatro se fue al

demonio y el muerto se fue al carajo. «¡Al carajo, al carajo, al carajo!», como dicen día y noche sin cansarse las necias olas del mar.

Del hotelito de la calle de Ferrán en que se alojaba (de dos estrellas sin contarlo a él) al Café de la Ópera, y de éste a aquél, el viejo empezó a ir y a venir como los locos de la Rambla.

La culpa del insomnio se la achacaba al jet lag y a los incidentes del viaje. Pero no, la culpa no era mas que suya, suya propia. ¡Quién lo mandó a salir! ¡Quién lo mandó a venirse a una feria de libros a morir, si estaba vivo! Bueno, vivo lo que se dice vivo es un decir: vivo a medias, medio vivo. Vivo de verdad no está nadie, ésas son ilusiones de los tontos. Día con día nos estamos muriendo todos de a poquito. Vivir es morir. Y morir, en mi modesta opinión, no es más que acabarse de morir. Hay que aprender gramática y a no confundir los verbos. En París, en el Charles de Gaulle, por confusiones ya no de los verbos sino de las que arman los funcionarios de inmigración, al viejo iluso y tonto acabado de desembarcar de México no lo dejaron pasar de una sala a otra del aeropuerto a tomar el avión a Barcelona.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por colombiano —le contestaron—. O sea por ladrón, atracador, secuestrador, narcotraficante y asesino.

—¿No ve que soy un viejo?

—¿Y qué?

—Que ningún viejo por presunción es delincuente, pues si lo fue con tanto andar ya lo agarraron. ¿Es que no piensa, o qué? Francés tenía que ser este asqueroso...

Y para rematar le arrió la madre, que es lo que hace todo cristiano en Colombia cuando le recuerda al prójimo la vagina puerca de donde salió:

—¡Fils de pute! ¡Hijueputa! ¡Salaud!

Por poco no lo meten preso: lo mandaron para Suiza al no poderlo esfumar en el aire.

En Suiza anduvo de aeropuerto en aeropuerto, de mostrador en mostrador, y cuando por fin llegó a Barcelona, a la media noche, dos días después de haber salido de México, los de Air France le habían extraviado el equipaje.

—¡Partida de hijueputas! —les remachó.

Y se puso a maldecir de la empleada del mostrador y de toda la raza francesa. Yo me reía viéndolo tan iracundo y le daba cuerda:

—Recordales que perdieron dos guerras mundiales y que si no hubiera sido por los Estados Unidos a estas horas estarían comiendo mierda bajo Hitler. Qué zorras tan mal cogidas las azafatas de Air France...

¡Uy, mencionarle a éste las azafatas de Air France! Era como echarle un fósforo encendido a un polvorín. Las detestaba. Se soltó entonces en una sarta tal de injurias, en un chorro tal de improperios que haga de cuenta usted las cataratas del Niágara de la ira. El chorro de las cataratas caía sobre las piedras sacándoles chispas de niego en vez de espuma. Ya no se daba cuenta el viejo de lo que decía, ni de lo que hacía, ni de donde estaba, ni para donde iba, ni de donde venía.

—¡Zorras! ¡Perras!

Insultaba con nombres de animales, aunque los amaba. Es que desde hacía mucho en Colombia todo se había devaluado: la moneda, los insultos, la vida humana... Todo quedó valiendo nada.

—Air France —se decía y yo lo oía— es la imagen de Francia misma, de la mezquindad en su estado puro. ¿Cuántas filas de más no les han metido a sus aviones para embutir más pasajeros?

—¿Cuántas? A ver... ¿Cinco? ¿Diez?

Y le seguía dando cuerda por el gusto que me daba oírlo maldecir: maldecía como triturando con los dientes lata.

—Diez filas de más cuando menos le metieron a mi avión estos avariciosos.

Tanto era así que el respaldar de su asiento no lo podía inclinar ni un centímetro porque el pasajero de atrás lo bloqueaba con las rodillas.

—Venían pues ustedes como sardinas en caja de sardinas. ¡Y la comida! Acordate de la comida.

—Fría, sosa, un asco. Francesa tenía que ser...

—Y ese poeta marihuano y sucio que jamás se bañó, ¿cómo es que se llamaba?

—Rimbaud.

—Voilà, Rimbaud.

—Puro cuento. Todo lo de Francia es mito, cuento: Rimbaud, la igualdad, la fraternidad, la libertad, la cocina... ¡Marihuañadas! Libre no puede ser el que es prisionero de su propia mezquindad que apesta a ajo. ¡Malditos los franceses y la especie humana!

De Air France había pasado a Francia y de Francia a la humanidad entera, ésa era su forma de proceder, me la conocía de pe a pa. Siempre el mismo en lo mismo, dándole vueltas y vueltas a la misma rueda.

Cuando llegó al hotel cayó en lo que he dicho, en un insomnio insondable. Y digo insondable por llamarlo de alguna manera, aunque la verdad, la verdad, lo que sí es de verdad insondable es la muerte. ¡Pero cómo dormir en una ciudad que por vivir no dormía! El viernes tenía que hablar en la feria y era lunes. ¿O martes? Ya ni sabía, con el cambio de horario se le había enredado el carrete. Volando su avión sobre las nubes y la oscuridad del mar océano, las horas habían ido cayendo como fichas de dominó, tumbándose las unas a las otras: la una se volvió las dos, las dos las tres, las tres las cuatro... ¿Anocheciendo, o amaneciendo? Es lo que ya no sabía: al lado izquierdo (eso sí lo sentía) era donde tenía el corazón. Y mientras el viajero insomne trataba de dormirse en su cuarto del hotelucho de dos estrellas que sumaban tres, la Rambla afuera, a unas cuadras, seguía en su ir y venir empecinado, yendo y viniendo, yendo y viniendo, como en sus buenos tiempos Junín.

—¿Sí te acordás de Junín?

¡Cómo olvidarla! Por esa calle bulliciosa de la ciudad inefable había transitado, del Parque de Bolívar a la Avenida La Playa y de vuelta de ésta a ése como un péndulo idiota de reloj, su juventud inútil. ¿Hacía cuánto?

—¿Cuánto en años?; ¿O en siglos?

—En lo que sea.

—¡Siglos!

En la difunta ciudad de Medellín de la difunta Colombia del difunto segundo milenio de la era de Cristo el loco que en paz descansen, amén. Volvía entonces a volar en su avión surcando el tiempo y devanando el huso de las horas.

—Señorita, este asiento no se puede inclinar hacia atrás ni un centímetro. ¿Cómo piensa que voy comer? ¿Encojiéndome?

Volaba el avión de Air France, la peor línea aérea del planeta, sobre el mar océano y la vasta noche del insomnio. Y cuando aterrizaba, por fin, en su cuarto de hotel, el viejo sin poder dormir se ponía a contar, a contar, a contar, lo que fuera: ovejas en un rebaño, soldados en un cuartel y cardenales en el cónclave:

—Un hijueputa, dos hijueputas, tres hijueputas...

Y después, desvariando como solía:

—Las almas del purgatorio —se dijo— ya no están en el purgatorio, ya salieron y se están despeñando en el infierno.

—Del purgatorio se sale para el cielo, idiota: para arriba, no para abajo.

—No. El cielo no existe, sólo existe el infierno: los vastos reinos de Satanás donde Dios manda y truena.

—¿Y el purgatorio entonces qué?

—Ah, ése es una simple parada de unos siglos en la caída imparabla a los infiernos.

Se levantó, se vistió, y dando por un hecho que no se iba a poder dormir, bajó a la recepción y de la recepción

salió a la calle, a la luz rabiosa del verano: eran las cinco de la tarde y había sol ¿como para cuánto?

—Como para tres o cuatro o cinco horas, ¡qué horror!

Tal vez cuando oscureciera se pudiera dormir... Pasando por la Plaza del Rey camino de la Rambla recordó que ahí, hacía medio milenio en esa mismísima plaza, en una hoguera de leña seca y furia dogmática la Inquisición catalana había quemado a Mossén Urbano por predicar la doctrina de Barba Jacobo, el Dios verdadero omnipotente en Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo; y por sostener, entre otras verdades heterodoxas, que la cópula con mujer era el supremo pecado, el crimen máximo.

—Y cómo no, si la fuente de todos nuestros males hay que ir a buscar ahí, en el pervertido gusto por ese hueco vicioso, viscoso y pantanoso: la vagina vil que perpetúa la pesadilla del ser y empuerca al mundo.

Una bandada de palomas alzó el vuelo y el viejo las bendijo con la mano izquierda y la bendición de Barba Jacobo:

—In nomine Patris et Matris et Filii et Spiritus Sancti et Sanctae Trinitatis, filioli et filiulae et compatris et comatris, et de lo fratre ab la sorore et de lo cosino et de la cosina.

Del Padre, la Madre, el Hijo, la Hija, el Primo, la Prima y toda la puta parentela que en incestuosa relación fornican cruzándose los unos con los otros y produciendo más de lo mismo: más de esta especie australopitecina y lujuriosa, con un pene colgando o un hueco en la mitad como centro de gravedad de todos sus afanes, un ombligo arrugado y cinco dedos inarmónicos en cada una de las dos patas.

—¡Qué hermosa sería España sin gente! —se dijo—. Un terregal con piedras. Y aquí y allá, en un rastrojo, un poco de respiración, de movimiento, ¿y que sería qué? Una cabra de cuatro patas, obtusa.

Acto seguido en su interior oscuro al que no llegaba el sol de afuera se puso a compadecerse de sus hermanas las cabras y a preguntarse con qué derecho las insultaba com-

parándolas con los humanos bípedos. Definitivamente nuestro amigo estaba como aquel al que le soplaban ¿qué? Vientos huracanados le soplaban en la cornisa de la mansarda.

—¡Un vermut! —pidió instalándose como se le habría de hacer costumbre en los días que permaneció allí, en la ciudad de los herejes y los réprobos, a una de las mesas exteriores del Café de la Ópera: frente al hueco, el otro hueco, el que dejó el incendio.

—¿Cuál incendio? ¿De cuál estás hablando, hombre? ¿Del sexual?

—No. Del del teatro ese que se quemó, ¿y que se llamaba cómo?

—¡A ver! ¿Cómo, cómo, cómo?

—¡El Liceo!

¡Exacto, el Liceo, se había acordado! Por lo menos esa batalla contra el mal de Alzheimer la había ganado. Una voz inefable velada de violeta fue desgarrando entonces el velo de las tinieblas del tiempo: «Divinités du Styx, ministres de la mort! Je n'invocuerai point votre pitié cruelle».

—¡Gluck! ¡Lo máximo! Ministros de la muerte... ¡Eso, eso!

Por virtud de lo máximo volvía ahora al pasado, a esa noche de su juventud en que conoció el Liceo. El telón denso que separaba el hoy del ayer se alzó dejando ver la escena: surcaba la laguna de la Estigia el frágil barquito de la muerte...

Aja, un día pues, ya muy lejano, el viejo había sido un muchacho y había pasado por esa misma ciudad. ¿Viniendo de Roma a Madrid? ¿O yendo de Madrid a Roma?

Hacia la medianoche, al terminar la ópera, el muchacho dejó el Liceo y tomó por la Rambla rumbo a la glorieta de Colón. En una esquina se tropezó con el chulo, como llamaban en España a los muchachos prostitutos.

—¿Y hoy? ¿Hoy cómo los llaman?

—Ah, ya no sé, ni me importa, da lo mismo, el nombre no cambia la esencia de las cosas.

En lo cual erraba: nunca dos nombres distintos designan dos cosas iguales. A veces sube la tarifa, a veces baja; a veces sigues vivo, a veces te matan. El viejo cerró los ojos tratando de ver al muchacho prostituto pero se le había olvidado. Luego trató de verse a sí mismo y lo mismo: ido, desaparecido, borrado.

—¡Ah, carambas! ¿También se te borró ese cassette? Prueba fehaciente, amigo, de que estás muerto: los que se borran a sí mismos de la memoria por completo son los muertos. De un momento al otro, sin darse cuenta, dejan de saber quiénes son y quiénes fueron.

El viejo se levantó, pagó el vermut y tomó por la Rambla rumbo a la glorieta de Colón desandando los pasos. Iba entre la multitud oyendo sin oír, viendo sin ver, tratando de recordar, de volverse a encontrar en el muchacho que un día fue, de recuperarse a sí mismo. Ahora bien, lo que yo digo y repito es: ¿qué muerto se recupera a sí mismo? ¡Ninguno! Es condición sine qua non de la muerte la irrecuperabilidad del difunto. No hay forma de jalar del otro lado del charco hacia éste al interfecto.

—¿Por qué interfecto, si no morí asesinado?

—Es lo que vos no sabes. Ni el juez.

—¿Ni el juez?

¡Bobito! ¡Cuánto hace que se acabó la justicia en este mundo! Hoy la que manda aquí es la impunidad, Nuestra Señora la Impunidad que los cobija a todos: alcaldes, presidentes, jueces, ujieres, testigos, papas. Mienten y calumnian, compran y se venden, hacen y deshacen. Y en sus horas libres, para que los vean, canonizan y canonizan y canonizan a diestra y siniestra como si ya no estuviera a punto de reventar de lo hinchado el santoral. Este último vejete lo dejó más devaluado que teta caída de vieja. ¡Perjurios, prevaricadores, asesinos, ladrones! ¡Protagonicos! Bendita seas santa impunidad, que eres el motor del mundo. Sin ti hoy

por hoy se paralizaría esto, visto que todos somos culpables.

—Todos no. Somos no. Yo no. Los muertos ya hemos quedado lavados de toda culpa.

El viejo siguió su camino ajeno a la multitud, y oyendo sin oír, viendo sin ver, sus pasos sordos, ciegos, lo fueron llevando a la glorieta de Colón y al Molí de la Fusta. Sobre el cemento del andén se tropezó con una paloma muerta: tenía las alas abiertas y algunas plumas muy separadas por la rigidez de la muerte.

—¡Maldito! —dijo imprecando al cielo, al Viejo de arriba que no lo oía ni veía por la más simple de todas las razones: porque no existe, y lo que no existe no oye ni ve ni entiende.

—¿Para qué gastas entonces pólvora en gallinazos? —le hice ver.

Gallinazos (para usted que es de un país civilizado y no sabe) son los buitres, el viejo vultur latino: los que iban de pasajeros sobre los decapitados del río despanzurrándolos: sacándoles, como un niño travieso la cuerda a un reloj, de la panza las tripas. Son los buitres de Colombia, el país donde más felices viven estas avechitas negras de alma blanca y vuelo largo. Ensotanas de negro sí como los curas salesianos, pero sin el interior sombrío de éstos. Limpias, felices. Y cómo no si los gallinazos de Colombia se la pasan en permanente banquete de cristianos: desayunan, almuerzan, cenan cristiano, no se dan abasto con tanto asesinato. Para los gallinazos de este mundo Colombia es Shangrila.

En ese instante, abriéndose a sí mismo en su inmensidad necia, en su necedad inmensa, surgió el otro: el mar salado, el mar estúpido:

—¡Al carajo! ¡Al carajo! ¡Al carajo! —iban diciendo las olas sin parar.

A veces se lo disputaban el sol y la luna jalando cada quien por su lado; a veces no y jalaban juntos.

—Entonces se dan las mareas altas —pensó el viejo.

Y pasó a pensar en la fuerza de gravedad, que era la que lo mantenía atado a la tierra. Un pensamiento que para él era el acabóse. Cada vez que la recordaba sentía el peso de los pasos, la dificultad para andar.

—Hay algo que me jala hacia el centro de la tierra, donde está el infierno.

—¡Qué va! El infierno está aquí arriba, en la superficie, a nivel del mar.

—Nunca más va a volver a volar la paloma.

—Olvídate de la paloma. Hace de cuenta que era el Espíritu Santo y que lo fulminó un rayo.

—Si pudiera...

—¡Claro que puedes! Por eso en este instante se te está dificultando caminar, por cargar en el alma tanto muerto. Y no sólo cargas con humanos muertos sino con perros y gatos muertos. Y ratas y pericos y pájaros y palomas... Y el armadillo que mataste de un machetazo, de niño, ¿sí te acordás? Y las ratas que hacías salir de niño del desagadero de la poceta de lavar ropa de la casa de la calle del Perú del barrio de Boston de la ciudad de Medellín de tu puta Colombia con agua hirviendo, ¿sí te acordás? ¿Se te olvidaron, o qué, gran hijueputa? Pues te tenés que acordar porque por ésas te vas a ir a los infiernos.

—Es que me educaron en la religión de Cristo.

—No te escudes en ese loco que ni una sola vez defendió a un pobre animal. ¿No tenías acaso alma para sentir y ojos para ver? ¿O es que seguías ciego como una rata ciega recién nacida, como naciste?

Vio adelante, a lo lejos, la feria: un terraplén con un centenar de casetas haciendo calle, y un pabellón en el centro abierto a los cuatro vientos: el stand de Colombia.

—Con que éste es el stand de Colombia —dijo cuando llegó.

—Así es, maestro —le contestó la empleada, la muchacha colombiana que atendía el stand y que lo recibió—. Bienvenido a la feria.

¡Maestro! Jua! Era lo único que le había dado Colombia, un título de albañil que nada cuesta.

—No te quejes, que maestro no le han dicho jamás en ese país a ningún bellaco de presidente. Además, ¿el dinero no dizque no te importa? ¿Qué más quieres? No te dan más porque no tienen más, conténtate con eso.

Y mientras la empleada entablaba con él una conversación anodina y le preguntaba por el viaje, el viejo al contestarle le iba pasando revista a los libros: ahí estaban los suyos, en una de las mesas improvisadas del stand.

—Ah, ahí están éstos... ¿Y siquiera se vende esa porquería?

—¡Claro, maestro, sí se venden! —le contestó la muchacha tratando de atenuar con una sonrisa lo de «porquería».

El viejo apartó los ojos de sus libros y pasó a inspeccionar otros, de otros, en otras mesas. Se sentía cómodo entre libros. Tanto o más que la gente, los libros le habían llenado la vida. Tomó uno grande, de fotos, lo abrió y el corazón le dio un vuelco: un reguero de cadáveres de campesinos descalzos decapitados, con las cabezas asignadas a los cuerpos a la diablo, a la mano de Dios.

—Lo acaban de publicar. Sobre el bogotazo —le explicó la muchacha.

El bogotazo fue la revuelta popular que destruyó el centro de Bogotá a mediados de siglo y que prendió la mecha del incendio. Se lo digo por si no lo sabe, y si no lo sabe sepa que fue en el veinte, a mediados del siglo veinte, que por fin se acabó y pasó, pasó, pasó. El incendio se fue propagando de pueblo en pueblo, de caserío en caserío, de vereda en vereda, hasta que quemó todo el campo de Colombia: sin declaración formal de guerra, la guerra entre conservadores y liberales había estallado. El viejo pasó a otra página, a otra foto: la turba bogotana enfurecida, armada de cuchillos y machetes. Y el odio en los ojos, en todos los ojos. En ese instante Colombia se irguió inmensa, formidable, surgiendo del piso del stand: le quitó a uno de